

ANÁLISIS SOCIAL DE ERMUA

Nueva comunidad de la vieja industria...

Por Fran Carrascosa Martin

1.INTRODUCCIÓN.

Múltiples cambios aparentes se suceden mientras el desarrollo del capitalismo, tras superar crisis tras crisis, ha dado un fuerte empujón a las empresas constructoras y se ha concentrado en la industria del automovil. El Estado español se ha adentrado en la senda de la modernización de la mano de un estado autonómico con distintos niveles de poder complementarios; al mismo tiempo que surge un nuevo espacio de poder, Europa, que no tiene relación con la realidad concreta de las personas. En Euskal Herria, un conflicto nacional originado hace no se sabe cuánto, enfrenta a las gentes de hoy provocando la división. Pero entretanto, todos y todas participamos de un consumismo que iguala a parados y currelas, a vascas y españoles, mientras todo el mundo tiene prisa...

Es en este contexto en el que se desarrolla Ermua, en el que se construye la historia real de nuestro pueblo, los procesos a través de los cuales evolucionamos y en los que combatimos para lograr una sociedad más justa. Pero la historia que se haya presente en toda la profundidad de la sociedad tiende a perderse en la superficie, a transformarse en la Historia escrita desde arriba,...; el poder, con sus historias parciales, trata de construir esa imagen de “hubo historia, pero ya no”, una imagen estática de un proceso dinámico, un “hasta aquí hemos llegado” que recuerda al “mejor de los mundos posibles” que solo los más cándidos pueden ver en cualquier momento.

Desde mi modesto punto de vista quiero contribuir a crear esa otra historia viva, dinámica, comunicativa, una historia de Ermua que sea instrumento y práctica de libertad. Debemos sacar a la luz una forma de ver la evolución de nuestro pueblo que nos ayude a entendernos, que nos permita clarificar los problemas reales y crear nuevos conceptos e ideas para la transformación social. Una historia global que trate de comprender todo nuestro pueblo en su generalidad y que permita que se escuchen los intereses de las personas.

Con estas ideas se ha afrontado la publicación del análisis social de Ermua que tienes en tus manos, un análisis que pretendemos sirva como herramienta a todas aquellas personas que vivimos en Ermua.

2. ANTECEDENTES.

Si nos remontamos 50 años en la historia de Ermua observaremos el paso de una comunidad rural a una *comunidad urbana*. Con este concepto se hace referencia no solamente a una elevada tasa de densidad de población, sino también a una especie de cultura específica, a una forma de vida concreta diferente a la de las comunidades rurales.

Se puede hablar de tres estadios en la evolución histórica de Ermua, tres estadios diferentes que le han llevado de ser una comunidad rural a una comunidad urbana:

En una primera fase Ermua fue un pueblo-torre de Bizkaia, son los años de su fundación alrededor de 1280 en terrenos de Mallabia, cuando vinculado al señorío de Vizcaya se constituye como pueblo amurallado más allá del límite natural del puerto de Areitio, representando así un gran valor estratégico, político y económico por su carácter fronterizo. El casco de la villa lo constituían dos calles, una callejuela y una plaza circundados en parte por un fuerte muro y dos portales que definen ésta primera Ermua y mueren con ella. Durante los últimos años se construyen los principales edificios históricos de hoy en día, la iglesia y el ayunta, obra y gracia del cardenal Orbe y los marqueses de Valdespina, representantes de un poder decadente frente a las fuerzas burguesas. Los ermutarras viven de la tierra, del pastoreo y de una incipiente industria armera y se organizan de acuerdo a lazos feudales. La villa será pasto de las llamas en varias ocasiones (no olvidemos que son los tiempos de la nobleza cuya única ocupación era la guerra) hasta que en 1794 será totalmente arrasada por la furia de la revolución burguesa.

El siglo XIX conocerá un Ermua diferente, un Ermua que pierde su valor estratégico en la nueva organización económica que se impone en toda Europa. El pueblo, recientemente destruido, consagrará su vida económica como complementaria a la actividad industrial de Eibar. Se empiezan a desarrollar las primeras industrias armeras y Ermua logrará producir para ellas. El caserío sigue concentrando la producción agrícola, pero ya no es el centro de la organización económica: ha surgido la industria burguesa que, poco a poco, se impondrá como la fuerza transformadora. Así, a lo largo de este siglo se dará el enfrentamiento entre burgueses y tradicionalistas, enfrentamiento que finalizará con la victoria burguesa,

representada en la creación de un estado centralista. En este combate nuestro pueblo se situó del lado de la tradición, apoyando al carlismo como pretensión de salvar las viejas instituciones frente a los intentos burgueses de crear un mercado homogéneo. Pero, al mismo tiempo que la burguesía se desarrolla adquiere fuerza una nueva clase social, la de los trabajadores, que se organizan y se enfrentan a la burguesía, aunque el enfrentamiento se produce en las ciudades y Ermua sigue siendo todavía una comunidad rural. Aún así, durante estos años se desarrollan vías de comunicación que permitirán la distribución de una producción cada vez más masiva. El Ermua de esta época se corresponde con el centro de hoy en día, un espacio llano rodeado por tres carreteras, unos pocos caseríos y algunos talleres, un pueblo donde sus gentes mantenían lazos comunitarios que se verán deshechos por el desarrollo de un proceso industrializador basado en la más brutal explotación. Desde mediados de siglo, el enfrentamiento social crece haciendo difícil para la burguesía la estabilización de un estado que se debate entre República y Reinado. En 1931 se proclamará la 2ª República en Eibar para lo que se usó una bandera llevada desde Ermua, una República que se decide a acometer una remodelación del Estado teniendo en cuenta las diferentes naciones existentes en su seno, pero que no podrá desarrollarse por el alzamiento militar.

La victoria del Frente Popular en las elecciones generales crea la ilusión de que se pueden superar los problemas generados por el modelo de desarrollo explotador, pero, como en el resto de Europa, el fascismo se encargará de eliminar la disidencia y crear las condiciones para el desarrollo del capitalismo más cruel. Tras unos años de autarquía que permiten la concentración del capital, el Estado Español inicia un proceso industrializador salvaje, un proceso que se aísla de la participación de la gente y que permite la más brutal explotación, un proceso que obliga a millones de personas a emigrar para poder vivir, un proceso que se impuso a nivel mundial y que ha dado a luz a la actual economía occidental, a la dictadura de la mercancía.

En el Bajo Deba, será a partir de 1950 cuando se acelere el desarrollo de la industria y se imponga la homogeneización necesaria para la creación de un mercado masivo. Con la nueva industria y su exigencia de abundante mano de obra, dicha zona recibirá un impresionante alud inmigratorio que el mercado de la vivienda se encargará de ir situando. Así, el área urbana de Ermua es producto del fuerte crecimiento de Eibar durante las décadas de acelerada

industrialización (años 50-60) que, una vez agotadas sus posibilidades de suelo idóneo para urbanizar, orientó su crecimiento hacia los espacios del término municipal de Ermua, transformándose éste en un pueblo-dormitorio para l@s trabajador@s de la zona, un área urbana falta de las mínimas infraestructuras necesarias para garantizar una convivencia armónica. El hecho de que Ermua creciese como espacio de residencia barata para los currelas de Eibar será significativo hasta tal punto que podría hablarse de “periferia”: la población se multiplica de tal manera que estalla la comunidad, la falta de infraestructuras es total y el aislamiento entre las gentes hace que durante años se le conozca como la ciudad sin ley. Esta fase se alarga hasta finales de los años 70, es el desarrollismo desordenado que destruye la mayor parte del pueblo, los años en que algunos llenaron sus bolsillos construyendo colmenas sin urbanizar.

Pero en los últimos años, los cambios socio-políticos y económicos que han tenido lugar parecen mostrarnos la entrada en un nuevo estadio de Ermua, un pueblo donde la separación se ha impuesto y reina el mercado disfrazado de espectáculo. En toda Europa se ha instalado un nuevo modelo de capitalismo, un capitalismo que aparenta la participación de las personas, al mismo tiempo que desplaza el centro del conflicto: hemos llegado al fin de la historia. . . , ya no se puede ir más allá. . . Entramos en otra fase diferente donde ya reina la mercancía, en su reino de la apariencia, entramos en la fase del desarrollismo ordenado que entrega el pueblo a los técnicos, el de las multinacionales, el de la gestión, el que construye las grandes obras.

En el paso de una fase a otra se ha desarrollado un nuevo modelo de estado, nuevas instituciones, alianzas y dinámicas que siguen reproduciendo la separación entre las personas y el mundo, que alejan cada vez más el poder de las manos de la gente. En la nueva coyuntura se desarrollará la planificación territorial, nueva herramienta para dibujar el pueblo que quiere la burguesía, para reproducir la ausencia del control social en el proceso urbanizador. Pero, si hasta 1980 esta falta de control se presentaba como un problema a solucionar, a partir de entonces la separación se impondrá y las gentes delegarán gustosas en políticos y técnicos: la apariencia del control social se instalará en los planes urbanísticos.

Y ésta es la historia que aquí se quiere relatar, la del desarrollo de esta nueva fase, nuestro pasado reciente, nuestro presente, para poder trabajar por un futuro mejor. Nos olvidaremos del primer Ermua, aquel de las murallas, y también del segundo, tan tradicional, para

centrarnos en el tercer estadio, el de la industrialización y la inmigración, porque creemos que allí están las verdaderas claves para entender nuestro pueblo; la desaparición de la comunidad y la implantación de una nueva cultura asociativa urbana.

3. ERMUA, UN PUEBLO INDUSTRIAL.

Iniciamos nuestro análisis después de ese periodo especial que supone la Guerra Civil, ese periodo en que se elimina toda tentativa de transformación y se impone el modelo de desarrollo. Las tropas franquistas tomarán Ermua el 26 de abril de 1937, pero la guerra se alargará hasta 1940: tras unos años de autarquía que aseguran la concentración de capital necesaria para la industrialización, el Estado español acometerá una impresionante transformación que afecta a nuestro pueblo.

1960-1970: industrialización e inmigración.

El periodo de autarquía impuesto por Franco permitirá la acumulación capitalista necesaria para acometer un proceso de industrialización acelerado. En Euskal Herria, este proceso que se había iniciado en parte a principios de siglo, se verá reforzado por la nueva acumulación.

Desde principios de los años 60 el capital europeo y estadounidense comienza a invertir grandes sumas que se traducen en la creación de nuevas zonas industriales, fábricas, centrales eléctricas, pantanos, refinerías, lo que produce que cambie el paisaje urbano y rural a la vez que genera un despoblamiento del campo que se dirigirá hacia las nuevas aglomeraciones urbanas. Acompaña a este proceso industrial la inseparable, aún incipiente, sociedad de consumo,...Así, Ermua, con Eibar a la cabeza, se sumará a este segundo proceso industrializador convirtiéndose en un importante foco de atracción de población.

Se trata de una industrialización tardía, pero que conocerá procesos semejantes a los de las primeras fases de la revolución industrial: un impresionante alud de inmigrantes atraídos por las posibilidades de encontrar empleo en la industria de la zona (en 1970 suponían cerca del 80% de la población ermuarra); una asalarización casi total de dicha población, empleada mayoritariamente en Eibar, lo que dará al pueblo carácter de barrio-dormitorio; una aguda falta de infraestructuras y viviendas que se alargará durante años y provocará movilizaciones populares (principalmente de mujeres integradas en la asociación de familias); y la

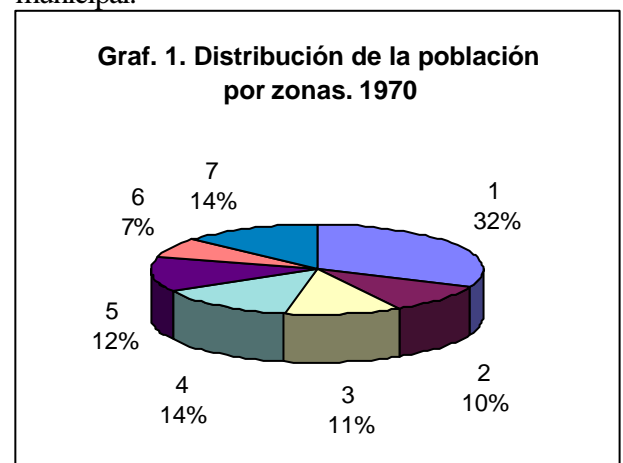
implantación del modelo industrial de género, nos muestran similitudes que no podemos dejar de lado.

Así, durante estos años se produce en Ermua una transformación importante que va desde las estructuras socioeconómicas hasta la identidad de l@s ermutarras: se ha dejado atrás una comunidad agraria-industrial, de escasa movilidad, y se avanza hacia otra de corte capitalista monopolista. A partir de 1955 se combinan dos procesos, una acelerada inmigración y un fuerte crecimiento vegetativo, que provocan la multiplicación de la población. Los años de mayor incremento poblacional (1960-65) arrojan una tasa del 233,1% para, a partir de esa fecha, irse relajando (en el periodo 1965-70 la tasa de crecimiento es de 45,2%).

El gran salto poblacional de Ermua (pasa de 1.725 h. en 1950 a 14.651 h. en 1970) es producto, casi exclusivamente, de la inmigración. Una inmigración protagonizada, sobre todo en un primer momento, por jóvenes trabajadores de diferentes zonas de la geografía ibérica, lo que incidirá en la estructura de población de Ermua produciendo cierto desfase entre el número de hombres y mujeres jóvenes: en 1973 la población soltera comprendida entre 18 y 35 años suponía el 10,66% del total, siendo las mujeres tan solo un 3,41%.

La nueva población de Ermua se va distribuyendo como puede en las viviendas que se van construyendo a lo largo de las tres carreteras que dividen el pueblo. Como puede verse en el gráfico 1, las zonas más pobladas son las que permitían un mayor crecimiento: a lo largo de la carretera N-634 crece la zona 1, alrededor de la carretera a Mallabia la 4 y paralela a la carretera a Markina la 7.

Elaboración propia. Fuente: padron municipal.



Trav Cantabri

Zona 1: Avd Gipuzkoa, Avd Bizkaia, San Ignacio

Zona 2: Cardenal Orbe, Erdikokale, M. Valdespina, Komentukua, Iparragirre, Probaleku

Zona 3: Ongaray.

Zona 4: Zeharkale, San Pelayo.

Zona 5: Santa Ana, San Isidro, San Roque, Goienkale.

Zona 6: Zerukoa.

Zona 7: Zubiaurre.

Pero una comunidad de inmigrantes necesita una red de viviendas para su albergue y asentamiento, así como unos mínimos servicios (limpieza, comida, etc...), servicios que no ofrecían las empresas que necesitaban de la mano de obra. La construcción de viviendas se acelerará, pero para poder acceder a ellas hará falta el trabajo de todos los miembros del grupo familiar. Los años 60 son la era de la especulación galopante, pero también los años de la oferta de viviendas de pacotilla en propiedad, de las horas extraordinarias (mal pagadas, pero abundantes), de la abundancia de empleo que permitía cambiar, del seiscientos, de los electrodomésticos y del despegue del consumo.

El fantasma del chabolismo fue evitado por un esfuerzo meritorio de ciertos sectores sociales. Entre ellos destacan los propios trabajadores, que a través de una rebaja en su calidad de vida darán alojamiento a los que van llegando posteriormente. Así, surgirá un mercado sumergido de servicios domésticos con las mujeres como protagonistas, un mercado sumergido que tiene mucho que ver con las estrategias familiares de las clases populares: la posibilidad de elevar los ingresos del grupo familiar desempeñando un trabajo compatible con el cuidado de los hijos, así como la necesidad de ofrecer alojamiento asequible a los inmigrantes, serán los detonantes del fenómeno del pupilaje. Así, la patrona y el pupilo serán figuras significativas de la historia reciente de Ermua.

Si en 1966 Ermua tenía 10009 habitantes empadronados en 2551 hogares, cuatro años después, en 1970, ha pasado a contar con 14650 habitantes que residen en 3463 hogares. En estos años se han constituido más de 1000 nuevas familias: la concentración de personas por hogar aumentará pasando de 3,92 a 4,23. Las nuevas viviendas construidas (912 hogares más que en 1966) permiten un nuevo asentamiento de la población, pero no son suficientes todavía para dar respuesta a la demanda existente. Nos encontramos en los años más duros del

pueblo y no debemos olvidar que todas las cifras son relativas pues no todo el mundo se inscribía en los padrones ya que, al ser recién llegados, no sabían cuánto iban a permanecer en Ermua. Lo que sabemos sin duda alguna es que las cifras se quedan cortas...

Durante estos años la imagen del pueblo ha cambiado totalmente. Se ha recibido una avalancha de personas sin desarrollar las más indispensables infraestructuras, pero aún así las viviendas se construyen: se construye al lado de las fábricas, casas para trabajadores, pequeñas (con una media de 19,6 m por persona frente a los 25,5 m media de la CAPV), sin comodidades (con un índice de confort de 58 frente a los 61,5 del Bajo Deba y a los 63,1 de Bizkaia) y con materiales malísimos (paredes finas, corta duración,...). Más del 90% de las viviendas de Ermua son de ésta época que denominaremos de “desarrollismo sin control” por el carácter caótico que adquiere el proceso de urbanización: las construcciones no iban acompañadas ni de asfaltado de calles ni de alumbrado, en las carreteras no existían pasos de peatones, y la ausencia de equipamientos era total.

Crecen barrios como el de San Pelayo donde los constructores llenan al máximo sus bolsillos edificando en línea, sin urbanizar la calle ni tan siquiera construirla, de tal manera que durante años los vecinos pasan por un caminito en la hierba,...; otros como el de Zeruko se suben a los montes cuando el precio del suelo empieza a subir,...; otros como San Lorenzo se construyen paralelos a la general, sin ninguna posibilidad de que se desarrollen las mínimas relaciones que hacen un barrio,... Los más afortunados serán Ongaray y Santa Ana al ofrecer una urbanización más racional, unos espacios mínimos donde puedan surgir las relaciones sociales. Vamos, que se construye cómo y dónde quieren los empresarios de la construcción, sin pensar en espacios verdes ni en equipamientos,...y mucho menos en las personas que habitarán las colmenas.

La comunidad de la industria.

Como ya hemos comentado, durante estas décadas Ermua será un pueblo compuesto por inmigrantes recién llegados, personas que han abandonado hace poco su pueblo, sus costumbres y formas de vida. Pero hay algo que otorga al pueblo la homogeneidad necesaria para que pueda surgir una comunidad; y es que casi la totalidad de sus habitantes serán trabajadores industriales. Así, será la industria la que homogeneizará los diferentes ritmos de vida, la que hará de los diversos tiempos uno solo, la que formará la futura comunidad

ermuarra. Porque una comunidad, al contrario de lo que piensan muchos, tiene más que ver con el hecho de construir un algo en común que con la existencia de un origen común. Así, la comunidad ermuarra surgirá en las diferentes luchas que sus habitantes tienen que desarrollar para construir un pueblo donde los negociantes hicieron colmenas. De estas luchas surgirán las primeras asociaciones de nuestro pueblo y, surgirá también, la unidad popular que hizo posible desarrollar en común las fiestas populares,...

En 1970, Ermua es un pueblo de inmigrantes caracterizado por su extrema juventud (el 35% de la población tenía menos de 14 años). Un pueblo homogéneo, donde más del 80% de las familias tenía a su cabeza un obrero industrial; donde las mujeres solteras participaban del trabajo remunerado (sobrepasando el 60% de entre ellas), mientras las casadas se dedicaban a las labores de la casa (en un 91,43%),...en un claro ejemplo de imposición del modelo industrial de género: un modelo que lleva a las mujeres jóvenes a abandonar sus trabajos remunerados en las industria para pasar a desempeñar trabajos domésticos, un modelo que se impuso entre dotes (dinero concedido por los empresarios a las mujeres al contraer matrimonio para que dejaran el tajo) y el peso de la moral. Así, aunque en los años 50 y 60 se permitiese la participación de las mujeres en el trabajo industrial, poco a poco serán recluidas en las casas: allí han seguido trabajando para el sistema político-económico, preparando la comida de los obreros de la industria. Teniendo en cuenta la insuficiencia de los salarios en general, la inferioridad de los salarios de las mujeres y el marco simbólico construido alrededor del hogar y la mujer, no es extraño que para éstas el matrimonio fuera la estrategia más adecuada. Solo así podemos entender la extrema juventud de las mujeres al casarse: en Ermua, el 55,23% de las mujeres se casaron antes de cumplir los 23 años, frente a un 21% de los hombres. Aunque, debemos aclarar que su salida del trabajo industrial no significa que dejaran de aportar dinero a la economía familiar, sino que fueron expulsadas a mercados sumergidos de trabajo como los de las patronas, lavanderas, costureras,...

Será en estas décadas cuando se produce en Ermua una transformación importante en el uso que del tiempo se hacía, una transformación gradual que se corresponde con la implantación progresiva de la sociedad de consumo. Si la antigua sociedad estática se organizaba de acuerdo a un modo de producción dominado por el ritmo de las estaciones, a un tiempo cíclico; la nueva sociedad transforma el tiempo en tiempo de la producción

económica que transforma la sociedad de modo permanente, y ese será su dinamismo. Así es como de un tiempo marcado por la vida comunitaria, del tiempo del caserío y del trabajo fabril artesano, se pasará a un tiempo marcado por el ritmo de la fábrica, al tiempo del trabajo y el ocio, al tiempo de la producción y el consumo. Y es en este cambio en el que las gentes se pierden y pierden su comunidad, gentes de campo habituadas a otros ritmos que tendrán que adaptarse al nuevo tiempo industrial a costa de lo que sea.

En el nuevo Ermua, donde a la identidad del inmigrante (siempre con dificultades para integrarse en la nueva sociedad) se une la del trabajador industrial, no es extraño que más que una identidad definida surga una mezcla de identidades de la que resulta un individuo adaptable, dúctil, un individuo que pasa de todo porque es más cómodo y que busca su propio interés; pero que, al mismo tiempo, irá creando comunidad alrededor de las diferentes asociaciones en las que tiene que luchar para conseguir un mejor nivel de vida.

Así, ahora será la industria la que marque el tiempo de vida hasta el punto de que todo el pueblo vivirá los ritmos del taller. En todo el Bajo Deba predomina la pequeña y mediana industria, talleres pequeños que funcionan a base de largas jornadas y horas extraordinarias. De ahí que la realidad de los currelas sea la de trabajar todo el día para poder pagar su vivienda primero y para consumir más tarde,...hasta la tarde en que salgan a echar unos potes con los amigos y se vayan a cenar (su mujer tendrá la cena lista). Pero aún así, hasta finales de los 70 existe otro empleo del tiempo: los currelas se reúnen en asambleas para tratar de tomar parte en el combate por el tiempo de vida; por las vacaciones, por la jornada laboral,... mientras las mujeres luchan por conseguir un pueblo digno, por las escuelas, por semáforos en la carretera,... No se dieron cuenta de que luchaban contra la nueva sociedad de consumo que les venció al hacer de su tiempo de vida tiempo para consumir lo que producían.

1980-2000: reestructuración y planificación.

Pero el crecimiento industrial se frena y pronto llegará la crisis que afectará duramente a toda la zona. En esta nueva etapa el desarrollismo sin control se transforma en una especie de “desarrollismo ordenado” de acuerdo con los cambios socio-políticos y económicos que tienen lugar. Así, la evolución posterior a 1980 estará marcada por el desarrollo de la planificación urbana como el principal arma de la separación: poco a poco el control del espacio será restringido a técnicos que, con la ciencia burguesa como herramienta, definirán

los intereses del pueblo. Estos intereses no serán otros que los de la burguesía transnacional, pero siempre aparentarán ser los del pueblo: en la sociedad del espectáculo serán Los Intereses y a su alrededor se generará todo el espectáculo de la participación.

La lógica dominante es la potenciación del transporte por carretera, inducida por los todopoderosos intereses de la gran industria del automóvil y el sector petrolero, configurándose así un espacio urbanizado donde va desapareciendo la vida urbana con la creciente destrucción de los espacios públicos de relación social: toda comunidad y todo sentido se pierden, y los individuos quedan aislados en la célula familiar, al mismo tiempo que nos recuperan en tanto que individuos aislados juntos. Casas de cultura, cursillos y talleres, grupos de tiempo libre, asociacionismos varios,... están organizados para los fines de esta pseudo-colectividad. El sentido de comunidad como un ser organizado, independiente y activo, donde se constituye una vida grupal que responde a las necesidades individuales ha desaparecido. No es extraño así que veamos crecer problemas psicológicos, depresiones y conductas violentas, derrotismos y aburrimientos que nacen de la falta de adaptación de la persona a la sociedad de la mercancía. Este nuevo paso hacia un pueblo donde el espacio esté al servicio de la actual economía que excluye cada día a más personas se dará en dos fases diferenciadas que se superponen a la anterior:

1975-1990: nuevas técnicas de separación.

Aunque en 1971 el ministerio franquista de la vivienda aprueba un plan comarcal donde se enmarca un plan de ordenación urbanística de Ermua elaborado por la Diputación, esta planificación no tendrá incidencia y habrá que esperar al desarrollo del nuevo estado autonómico para que se desarrollen métodos que puedan incidir en la configuración del pueblo.

Así, a la muerte del dictador se inicia una transición hacia un nuevo régimen, una transición que trata de frenar los ímpetus transformadores de la sociedad y que impone un modelo de estado que alargará el dominio de la burguesía en los momentos más duros de la crisis del petróleo, al mismo tiempo que le permitirá desarrollar su modelo de sociedad de consumo.

Será a partir de 1975 que, con la ley del suelo, comience a desarrollarse el planeamiento en el Estado Español. Con el desarrollo del estado autonómico la CAPV recibirá las competencias para la ordenación del territorio y en 1990 verá la luz la Ley de Ordenación del

Territorio (LOT) donde se establece que es función del Gobierno Vasco el marcar las líneas generales de la ordenación del territorio (Directrices de Ordenación Territorial), que corresponden a las diputaciones el desarrollo de Planes Territoriales Parciales, y que serán los ayuntamientos quienes desarrollen el urbanismo concreto de su territorio de acuerdo a las líneas marcadas por los organismos superiores.

Estos cambios hay que situarlos en la nueva línea teórica que se impone en occidente: muchos pensadores contribuyeron a crear toda una ideología basada en la creencia de que se puede incidir positivamente en la transformación social a través de la planificación; pero, poco a poco, irá perdiendo fuerza el carácter transformador en favor de una no-definición o asunción de los objetivos de la economía como si de los de la sociedad se tratase. Así, a través de la planificación, el capitalismo transforma ciudades y pueblos dejándolos a su merced mejor que cuando lo hacía sin planes, y el urbanismo son sus medios para tal fin; para lograr que todo el espacio esté al servicio del desarrollo económico, entendido éste como el desarrollo de la actual economía que excluye cada día a más gente. Por eso, no prestaremos demasiada atención a tanto planeamiento lleno de fases y revisiones sino que trataremos de centrarnos en la evolución real del pueblo.

Ermua, junto con toda la zona del Bajo Deba, ha basado su economía industrial en la especialización en la rama del metal: así, las actividades más importantes han sido las de accesorios de automóviles, ajustes, rodamientos y estampaciones metálicas. Pero la crisis internacional de 1973 que afectará de lleno a toda la CAV no dejará Ermua de lado; y en la reestructuración capitalista, basada en la internacionalización, no encajan las pequeñas y medianas empresas predominantes en la zona. De ahí que la crisis se alargue en toda la zona: el paro afectará a gran parte de la población, sobre todo a la juventud; los precios de la vivienda se elevan; y los problemas generados por el modo de desarrollo (aglomeración, degradación ambiental, falta de espacios y de equipamientos,...) son ya irresolubles. La gente, antes mano de obra necesaria, tiene que empezar a salir de Euskalherria para ganarse la vida.

Este cambio de tendencia coincide con el nacimiento de los hijos de la inmigración masiva. Los trabajadores que llegaron la década anterior han formado aquí sus familias, familias que responden ya al nuevo modelo nuclear (padres e hijos) y que se desarrollan bajo los nuevos ritmos. Los hijos de inmigrant@s y nativ@s constituyen la primera generación verdaderamente

heterogénea, superadora de las diferencias y creadora de una nueva cultura común y popular; pero crecen en un clima totalmente diferente al de sus progenitores y se encontrarán rápido con un nuevo problema llamado paro. Si para la generación mayor el empleo no era un problema grave, para la nueva generación será una obsesión: el mercado de trabajo se precarizará hasta el punto de que no existan empleos estables. Surge entre l@s jóvenes una frustración creciente por el trabajo ocasional y la incapacidad para emanciparse y progresar. L@s jóvenes alargarán la convivencia con sus padres poniendo de manifiesto la nueva función de la familia: asegurar la reproducción de la fuerza de trabajo manteniendo a los jóvenes parados hasta que el sistema los necesite como mano de obra. En ese intervalo fueron much@s quienes dejaron de ser jóvenes, muchas las familias destrozadas por ese alargamiento artificial de la convivencia, y muchas las personas afectadas psicológicamente. La vida volverá a cambiar.

Así, a partir de estas fechas la inmigración se frena y el crecimiento de población se relaja hasta que, a partir de 1980, cambia la tendencia pasando a ser un pueblo regresivo (que pierde población). Este cambio tiene que ver con una reducción de la tasa de natalidad y con el hecho de que comience la emigración: así, durante los años 80 han salido de Ermua 1.431 personas (8%), de las que el 87% lo ha hecho fuera de la C.A.V. Este cambio de tendencia se explica por la crisis industrial que provoca que muchos inmigrantes retornen a sus lugares de origen, al mismo tiempo que se reducen las expectativas de futuro con la aparición de una inestabilidad que influirá en la tasa de natalidad.

A lo largo de esta etapa el empleo industrial en Ermua se reduce a la mitad, al mismo tiempo que se produce un crecimiento del minifundismo industrial y una penetración de las multinacionales, nuevas empresas punta del capitalismo tardío. Este proceso coincide en el tiempo con la nueva institucionalización del Estado, de tal manera que, poco a poco, la conflictividad social se transformará en integración de las masas. La participación será mediatizada por sindicatos y partidos en un proceso de transacción democrática que se alarga hasta los primeros 80: al final, la participación directa de la sociedad se relegará al ámbito cultural, para hacerla desaparecer cuando el capitalismo pueda cubrir ese campo.

Así, aunque los años 70 y 80 conocerán un periodo de construcción comunitaria a partir de las asociaciones (empezarán a celebrarse fiestas de barrios con la participación de todo el

mundo, la gente trabajará junta para lograr mejorar el pueblo,...), éstas perderán fuerza en el nuevo contexto y la comunidad volverá a perderse. Desde principios de los 80, las instituciones acometen la socialización de las personas en el nuevo marco de relaciones espectaculares:

Ahora los trabajadoras ya no se reúnen en asambleas para lograr mejoras, las vecinas dejarán de juntarse una vez conseguidas las escuelas y los semáforos,... se ha impuesto una “normalización” mediante la cuál todo será mediatizado por representantes que negocian en el nombre de tod@s. La participación de las personas en su comunidad queda pues mediatizada por sindicatos y partidos, por representantes que tratan temas de expertos: en la democracia burguesa la gente se limita a elegir sus representantes cada cuatro años.

Ahora el tiempo es cada vez más consumo; una leve mejora en el nivel adquisitivo de los trabajadores permite, por un lado, el desarrollo del consumo de masas y, por otro lado, el que los obreros puedan mantener a sus hijos, prescindibles tras la nueva reestructuración. Así, la identidad del ermuarra se desarrolla entre la alienación que produce un trabajo rutinario del que para nada se es responsable y la nueva alienación del consumo como meta. La realidad de su vida no es otra que la de trabajar por la mañana, por la tarde y por la noche, en turnos que mantienen el ritmo imparable de la producción; mientras sus mujeres les preparan la comida y trabajan en mercados sumergidos como el de la limpieza. Al salir del curro echarán unos potes en el último reducto de comunidad que les queda, hasta que vayan a cenar para ver el fútbol. Los fines de semana irán juntos a consumir en los grandes hipermercados y, en verano, se irán de vacaciones al pueblo que un día abandonaron. Cada hogar será una gran TV que llena su espacio privado de mensajes publicitarios, al mismo tiempo que las relaciones interpersonales pierden su sentido en un mundo tan estrictamente acotado.

La impresionante juventud de Ermua durante estos años (más del 40% de la población tenía menos de 30 años) es el resultado de la juventud de los inmigrantes: son los hijos de éstos que han evolucionado con los nuevos ritmos del pueblo, los que fueron en masa a las Escuelas Nacionales donde se educaron en el tiempo a toque de sirena. De sus progenitores vieron la entrega al trabajo, un fenómeno que han visto desaparecer sustituido por el paro. L@s jóvenes de Ermua superarán la nueva situación alargando sus estudios (BUP, FP, REM,...) y viviendo de sus padres: su realidad serán las piras, los porros y la calle.

Condenados a la dependencia económica se patearán todos los espacios del pueblo sin tener derecho a ninguno; para participar del consumismo en el que fueron educados se verán obligados a trapichear de suerte que en Ermua ha habido dos o tres trapis por cuadrilla. A lo largo de estas décadas l@s jóvenes han sufrido la falta de una identidad: guetizados, en la plaza, en el parque, pero sobre todo en los bares, los jóvenes han pasado su vida y solo lograron unirse alrededor de un Gaztetxe (89-90) y, sobre todo, en la calle. De ahí que el momento de mayor tensión en este proceso sea el choque de la juventud contra el sistema en torno al control de un espacio, el Gaztetxe, pero al movimiento juvenil le faltó una visión más global al limitar su lucha a un aspecto concreto y no percibir el alcance de un combate por la apropiación de todos los momentos de su vida.

Este enfrentamiento que se dió en toda Euskalherria hizo que el espectáculo reinante percibiese el potencial peligro de la juventud y se decidiese a socializarlos: se inventaron los cursillos del INEM y demás organismos, les impidió organizarse y ofreció su imagen de espacio juvenil, al mismo tiempo que se alargará el periodo lectivo: en Ermua será Torreta, un edificio que, gestionado por técnicos en horario de oficina, impedirá que los jóvenes se unan y creen sus espacios libres. A través de estas nuevas técnicas el sistema consiguió integrarlos a un ritmo que para nada tenía que ver con ellos; relleno todo su tiempo y espacio con actividades dirigidas de tal manera que no dejó nada fuera. L@s nuev@s jóvenes se debaten entre cursillos y talleres, charlas y programas, deportes y... de tal manera que no les queda tiempo para nada.

Por otra parte, volviendo al territorio en el que el pueblo sobrevive, ya desde mediados de los años 70 va reduciéndose el ritmo de construcción de viviendas al mismo tiempo que se eleva el precio. Así, al observar el desarrollo de la vivienda en Ermua se constata un doble proceso: las viviendas construidas para satisfacer la avalancha de inmigración, concebidas como dormitorios, eran asequibles para los trabajadoras; pero, a partir de los años 80 se construyen casas de mayor tamaño y más comodidades que se venden a elevados precios. Durante estos años, tras la escalada a los montes anterior, se retorna al centro derruyendo las casas viejas y vendiendo todo al mejor postor. Pero la carestía de la vivienda llega a tal punto que las instituciones intervienen favoreciendo al sector de la construcción: se mantienen los elevados precios a base de gestionar subvenciones y créditos que hacen accesible para la

población las viviendas construidas, eso si, quedando de por vida amarrado a un banco y, por lo tanto, al trabajo asalariado que asegura la reproducción del sistema.

En cuanto a las infraestructuras, como ya comentamos antes partimos de una ausencia total a principios de los 70, una ausencia que se irá superando en la nueva fase planificada. El pueblo se articula alrededor de tres carreteras que han ido creciendo en tamaño y en utilización con el desarrollo de la sociedad de consumo que popularizó el coche. Si durante los 60 la mayoría de la población acudía al trabajo andando o en bici, los primeros seiscientos que se llenaban de críos han dejado paso al coche privado: a cada trabajador un coche! es la realidad que atasca las carreteras. De ahí que la urbanización de algunos barrios parezca totalmente desligada del interés social: como en San Pelayo, donde las campas que pudieron ser un parque para l@s niñ@s son ya una fría plaza de cemento que permitió la construcción de un garaje debajo. Los coches se imponen por encima del resto de necesidades y la construcción de aparcamientos supone un coste elevadísimo para el pueblo. Son las necesidades del sistema...

Ya en los años 70 las mujeres lucharon asociadas para conseguir semáforos que redujesen los asesinatos de los coches, y para lograr unas escuelas que sacasen a los niñas de las lonjas en las que estaban, y para que las personas tuvieran voz en el futuro del pueblo,... pero toda esa lucha se perdió en la separación que se consumó. Los estudios de sociólogos empiezan en 1973 y continúan con los previos al plan, que verá la luz en la década de los 80. A partir de ahí la gente perderá la poca voz que tenía y los técnicos diseñarán el pueblo de la mercancía: se crearán escuelas masivas donde introducir a los niños, depósitos de agua y otras infraestructuras como la plaza del mercado, el campo de fútbol y el fronton Aritzmeni.

Así, desde finales de los 80 podemos decir que Ermua se ha estabilizado, en el sentido de que se ha impuesto totalmente el nuevo modelo de sociedad. Una sociedad que se caracteriza por su sometimiento a los dictados de la economía en un marco de relaciones dirigido por técnicos, un marco de relaciones donde el poder real se pierde al mismo tiempo que la participación social se convierte en un espectáculo. La siguiente década será la del asentamiento de este modelo, será el momento en que los actores ya se saben su papel...

1990-2000: la separación consumada.

Los años finales de la década de los 80 se caracterizan por una explosión asociativa que va pareja con la pérdida de influencia de l@s vecin@s en el futuro de su pueblo. Así, tras dicha explosión asociativa no debemos ver un aumento del poder de la sociedad, sino el desarrollo de la separación: las personas tienen la necesidad de gestionar sus propias vidas, pero ante la imposibilidad de esto se opera “una separación” que permite que sea el sistema económico quién gestione la parte más importante (el cómo subsistir, el cómo y donde vivir,...) mientras las personas se asocian para la gestión de su ocio. Así, en Ermua, ya en los años 90 llega el interés en presentar el pueblo como un ejemplo de asociacionismo con jornadas y guías promovidas por el Ayuntamiento, herramientas con las que se consigue dar una apariencia de participación social.

Pero si observamos la realidad de las asociaciones ermuaras, su evolución durante estos años y su incidencia en el devenir de nuestro pueblo, no podemos menos que constatar la pérdida de poder de la sociedad organizada en favor de los técnicos de la organización social. Así, las asociaciones culturales suponen el 30% y se caracterizan por su variedad (coros, grupos de danzas de todo tipo, de teatro, de fotografía, cine,... junto con centros regionales de varias zonas del estado), una variedad que rellena el circo del pueblo pero no logra crear nada propio; seguidas por las asociaciones deportivas (el 23%), las cuáles defienden sus concretos intereses olvidándose del resto; y después por grupos de jóvenes y mujeres, grupos muy diferentes entre si que hacen de cualquier “consejo” un espectáculo de participación donde repartir las migajas asignadas de antemano. Un asociacionismo donde lo más importante es la falta de una visión global que permite ocultar el hecho de que carezcan de ninguna influencia en el devenir del pueblo. De ahí que solo tengan carácter consultivo para el Ayuntamiento y que solo se les permita participar rellenando la programación institucional, nunca proponiendo otro modelo de gestión más participativo, y mucho menos creando algo propio.

Aun así, no podemos dejar de decir que en lo referente a equipamientos socio-culturales se ha producido una evolución cuantitativa: Ermua dispone hoy de un centro cívico polivalente (un cine transformado en cancha para todo, una sala de reuniones y un bar), una casa de la juventud polivalente (ludoteca, oficina de información, sala de reuniones), una biblioteca, un hogar del pensionista y, por fin, un polideportivo. Pero esta evolución cuantitativa no ha ido

acompañada de otra cualitativa, pues parece ser que se llegó al final de la historia, de ahí que, hoy más que ayer, se pueda constatar la falta de control social de estos equipamientos, de los cuales el ayunta dispone sin contar con la población constituyendo así una serie de centros de técnicos culturales que organizan actividades en horario de oficina.

Es significativo el caso del frontón Aritzmendi, un espacio utilizado por diversos colectivos del pueblo al ser el único local con capacidad para más de 500 personas, que fué “reformado” de tal manera que dejó de cumplir los requisitos para la celebración de actos socio-culturales y tuvo que ser “rereformado”. Asimismo, es significativo el hecho de que aumente constantemente la dificultad para utilizar estos espacios por parte de los colectivos de vecin@s con la creación de un instituto de deportes que impone unas tarifas abusivas para el uso, una institución cuyo único objetivo es “intermediar” entre l@s ciudadan@s y sus propios edificios públicos, y que, por primera vez en nuestro pueblo, marca diferencias entre los grupos “representativos” (me refiero a quienes participan de la lógica burguesa de la representación: partidos políticos y sindicatos) y otros colectivos de vecin@s que se representan asimismos.

Así, durante estos años se ha asentado aún más el dominio de la mercancía, percibiéndose claramente en la proliferación de aparcamientos y en el sometimiento a las multinacionales, pero también en esa nueva tendencia que lleva implícita esa idea de vendernos nuestros propios edificios, en esa pérdida de poder de la sociedad en favor de quién pueda pagar.

En cuanto a la necesidad de construir aparcamientos en nuestro pueblo, no se puede menos que cuestionar el impulso que las instituciones otorgan a la industria automovilística. Cuando en todo el mundo se plantean iniciativas que impulsen el transporte colectivo frente al privado, causante de la mayoría de las muertes en nuestro mundo, las diferentes instituciones demuestran cada día su ferviente defensa de los intereses de las grandes productoras de ataúdes. Este apoyo va desde “la ayuda del gobierno” para comprar coche a la obsesión con construir dormitorios para los monstruos de hierro que atascan nuestras calles. Eso!, antes de que la gente disponga de los suficientes transportes colectivos!... En Ermua, el parque de Valdespina, que suponía uno de los pocos espacios libres en el centro del pueblo, ha sido también entregado al automóvil, al igual que lo fué el de Santa Ana. En la línea contraria solo encontramos la peatonalización de tres calles de Ermua (Zubiaurre, Erdikokale y un trozo de

San Pelayo) que se quedan pequeñas ante la avalancha de personas. Y además, se planea construir una variante paralela a la autopista a escasos años de que finalice el peaje, sin tener en cuenta el interés social como ocurre en todo el valle del Deba que se verá afectado por la construcción de una vía (Eibar-Gasteiz) que ocupa casi todo el ancho del mismo. Aunque parece más que esta medida es otra de las “ayudas institucionales” a la industria del automóvil...la construcción de una carretera directa a la multinacional Tecnecco Automovitive Monroe, para quién además se regala el monte con el apoyo de todos los grupos políticos. Igualmente, uno de los montes que rodeaban al pueblo, Artarrai, ya casi ha desaparecido por la explotación de una cantera.

Son varios los analistas que quieren ver en estos cambios el paso a una sociedad postindustrial caracterizada por la pérdida de importancia del sector industrial y el desarrollo del sector servicios, un sector que se desarrolla en el “servicio” a la nueva sociedad...organizando actividades para la pobrecita gente, o para las diferentes empresas, o para preparar futuros organizadores, o... que se yo que organizarán con tal de que sirva a la economía, de que se mantenga y extienda la ley de la mercancía... Me parece así más acertado hablar de un reajuste del sistema que ahora es capaz de abarcar mucho más, de llegar a cubrir el espacio y el tiempo, para lo que ha tenido que desarrollar ese nuevo sector que le permite reestructurar el industrial posibilitando un excedente de mano de obra y aumentando la productividad del sistema, al mismo tiempo que le permite abarcar lo que antes se consideraba “social” o “cultural” y desarrollar en su seno la separación.

En Ermua, el sector industrial se ha reducido a la mitad de los 70 y el de los servicios se ha desarrollado ligeramente, aunque basado exclusivamente en el subsector comercial, al fin y al cabo no estamos en el centro del sistema, pero ya se empiezan a ver expertos en “técnicas varias” que están dispuestos a entregar sus conocimientos para el desarrollo de la economía. Así, la población activa en 1996 era del 44,5%, de los cuales el 25,2% se encontraba en paro siendo el 45,3% de estos parados jóvenes que buscaban su primer empleo. Muchos de ellos con estudios, con largos años de estudio amparados bajo el manto de la familia y la paga semanal, años de dependencia prolongada en los que aprendieron a utilizar su tiempo; otros, más jóvenes, han sufrido la readaptación de los planes de estudio para satisfacer las demandas del mercado...y siempre escuchando al fantasma del paro.

Semejantes cifras nos muestran lo que ha sido la realidad de la familia ermuarra durante estas dos últimas décadas: así, más que proporcionar pautas para la adaptación del individuo a la sociedad (papel cumplido hoy por las escuelas) la familia ha ofrecido una especie de solidaridad que sirvió para superar las consecuencias más negativas del sistema. Solo así los jóvenes pudieron participar de un consumo al que se veían abocados, solo así pudieron estar listos para trabajar cuando el sistema los necesitase,... Y como ya hemos comentado la familia ermuarra presenta una identidad inequívoca: el 80% son familias nucleares y tienen a su cabeza un obrero industrial. Pero al mismo tiempo se puede constatar la aparición de nuevas formas de convivencia (unipersonal, monoparental, convivencia sin parentesco) y la reducción del promedio de individuos por hogar hasta 3,24 personas.

La mejora de las condiciones empresariales llevada a cabo desde primeros de los 90 a base de rebajar el coste de la mano de obra ha conseguido que los jóvenes entren en el mercado laboral, eso si en condiciones deplorables; trabajos temporales, en prácticas y contratos de aprendizaje han prolongado la dependencia de los nuevos trabajadoras, una dependencia que se vive con alegría mientras permita comprar el coche “revolución” y participar del consumismo compulsivo durante los fines de semana.

A lo largo de esta etapa vemos como triunfa el tiempo pseudo-cíclico, el del consumo de la supervivencia económica moderna donde lo vivido cotidiano queda privado de decisión y sometido al trabajo alienado. Como en su sector más avanzado el capitalismo se orienta hacia la venta de bloques de tiempo totalmente equipados es normal que se expandan los servicios y entretenimientos bajo la fórmula del todo incluido para el hábitat espectacular, losseudodesplazamientos colectivos de las vacaciones, el abono al consumo cultural y la venta de la socialidad misma en conversaciones apasionantes. Cuando la imagen social del tiempo está dominada por los momentos de ocio y de vacaciones, representados a distancia y como deseables, esta mercancía se presenta como el momento de la vida real cuyo retorno se espera, pero lo que se revela como la vida real no es más que la vida realmente espectacular. Así, Ermua será una fiesta durante todos los fines de semana, una fiesta donde quienes no pueden acceder a su independencia la representan como en un escenario; peregrinando de bar a bar, bailoteando y colocándose legal e ilegalmente, en un espectáculo ridículo de libertad conducida por los caminos de la mercancía. Pero un espectáculo que nos muestra la

necesidad de las personas de no quedarse fuera de la sociedad de consumo, una sociedad que les obliga a entregar su tiempo totalmente, en la producción primero y en el consumo después. Este desarrollo de la sociedad de consumo pasa por un momento peligroso pues los jóvenes que sufren el paro y participan del consumo compulsivo pueden aprender también a consumir su tiempo, en vez de entregarlo para consumir mercancías, de ahí que traten de rellenárselo para que no lo organicen de acuerdo a sus necesidades, sino de acuerdo a las necesidades del sistema.

Este consumo compulsivo de los jóvenes durante los fines de semana no está bien visto socialmente. El uso del tiempo que el sistema pide a las gentes es más moderado, y sobre todo, más controlado; así, todo el mundo lo entiende como “cosas de los jóvenes” y se adscribe a cierta edad que, cuando se sobrepasa debe dar lugar a otro empleo del tiempo,... pasear con l@s niñ@s, acudir a los centros del ocio planificado, ahorrar para poder pagar al banco al que te enganches de por vida al comprar una casa, etc... Incluso desde los sectores más izquierdistas se ve este fenómeno como un desfase, una falta de madurez, o una especie de mal que hace que las personas no participen en sus movidas. Y es que el izquierdismo se muestra cada vez más como el sector radical de la sociedad, un sector sobresocializado que no permite que las personas no participen de sus actividades sustitutorias.

Y, mientras tanto, la comunidad se esconde en los intersticios que la sociedad deja abiertos; en todo el pueblo se ha impuesto lo que he denominado cultura asociativa, una cultura de gentes dispersas, sin capacidad de crear nada en común,... pero en los huecos la comunidad vive... o sobrevive...y siempre que hay vida hay esperanza!